

La Llave de la Valquiria

Jessica Galera Andreu



Capítulo 1

1. Un curioso encargo

Desmontar el mascarón de proa no estaba resultando una tarea liviana para aquellos hombres. La cabeza de aquel imponente dragón debía de pesar lo suyo, pero aquel era un ritual necesario cuando los drakkars fondeaban en el muelle, si no se deseaba molestar a los espíritus de la tierra, algo a lo que jamás se arriesgaría ningún hombre cuerdo. Las tallas de madera que gobernaban los navíos nórdicos resultaban desafiantes y soberbias, una buena imagen ante los enemigos en el mar, pero nada deseable para las divinidades en tierra.

Astryd llevaba un buen rato sentada sobre las viejas cajas apiladas de algún mercader, observando las complejas maniobras de los marinos e imaginando, especialmente, cómo resultaría embarcar en una de aquellas moles de resistente madera de encina. Había deseado hacerlo cada día de su vida y la respuesta siempre había sido la misma: «Solo eres una cría».

Apretó el puño, tratando de contener la rabia y evocó las palabras de su hermano. Bolthor había tenido algo más de fe en ella y en su capacidad para leer el viento y las aguas, el cielo y el rumbo de las aves migratorias. Aquello resultaría suficiente para compensar de algún modo su escuálida figura y la cojera que le lastraba su pierna izquierda desde el accidente que sufriera cuando era pequeña al caer de un caballo.

Suspiró al recordar la figura de su hermano y la serena sonrisa con la que se había despedido de ella en aquel mismo puerto hacía un año para no regresar.

El impacto metálico del acero cayendo a su lado la sobresaltó y fue incapaz de ahogar un grito que atrajo la atención de los hombres que trabajaban en el puerto.

—¡Por Odín, Balmung! ¿Qué haces? —espetó ella molesta ante las risitas de los marinos.

El enano carraspeó mientras observaba, embelesado, el enorme hacha que había descargado sobre una de las cajas, astillándola.

—¿Has visto esta maravilla? —preguntó, orgulloso—. Se la he sacado a Munin, el herrero, por apenas unas pocas monedas. Un tipo se le encargó y no regresó nunca a por ella. Ha tratado de venderla, pero esta preciosidad no corta, así que es muy difícil darle salida. Me ha costado

convencerlo, pero...

—No corta... —lo interrumpió ella de mala gana—. Munin fabrica un hacha que no corta y tú pagas por ella. ¿Pretendías competir en estupidez con él?

Se puso en pie y empezó a caminar, alejándose de allí.

—En circunstancias normales resultarías muy graciosa —exclamó el enano, siguiéndola—. Pero esta vez tu ironía está justificada.

—No me digas...

—Tengo razones para creer que el hacha es una llave.

—¿Una llave?

Astryd negó con la cabeza justo en el momento en el que abandonaba el muelle y se zambullía en la concurrida plaza. En plena celebración por el Haustblót, el lugar se atestaba de mercaderes exhibiendo los mejores frutos de sus cosechas, bendecidos previamente por Freya y Frey.

—El hombre que la encargó le pidió a Munin que engastase esta piedra preciosa llamada solarsteinn —continuó hablando Balmung, al tiempo que zigzagueaba con dificultad entre los cuerpos que se deslizaban de un lado a otro—, un mineral que solo se... encuentra en un sitio.

Astryd se detuvo en uno de los puestos y evaluó con interés una gruesa capa de pieles curtidas.

—¿Dónde? —preguntó sin mirar a Balmung.

—En el Valhalla —susurró él.

—El Valhalla... —murmuró ella, arqueando las cejas—. Es decir que tu hacha, que no corta, ¿es una llave para llegar hasta el Valhalla?

—¡Shhhhhh! —exclamó el enano, azorado.

Paseó sus negros ojos a través de los allí presentes, pero nadie parecía estar prestando especial atención a su conversación con la chica.

Astryd continuó caminando y ni siquiera se detuvo ante las protestas del enano, que no lograba avanzar entre el gentío. Consiguió hacerlo, al fin, entre amenazas y la presentación de su hacha a la concurrencia para dar alcance a la joven, que ya se alejaba con rumbo a su casa.

—¡Muchas gracias por tu ayuda! —escupió, enfadado.

Astryd suspiró hondamente y se volvió.

—Balmung, lo siento, pero estoy cansada.

—Tampoco a mí me resulta particularmente agradable perseguirte por toda la ciudad, pero le juré a tu hermano protegerte y por eso, precisamente, te he traído esto. —Volvió a mostrar el hacha que había cargado sobre su hombro.

—¿Y para qué quiero yo eso?

—¿Sabes quién fue el hombre que le hizo el encargo a Munin? Tu hermano.

Balmung extendió el arma horizontalmente sobre las palmas de sus manos, como si hiciera una ofrenda a los dioses, y Astryd la tomó, visiblemente emocionada.

—¿Para qué querría mi hermano un hacha roma?

—No lo sé. Pero ya te he dicho que no es un arma cualquiera. En todo caso, creí que al no estar Bolthor, debía ser tuya. Me habló del hacha antes de partir y cuando supe que no había regresado ni... ni lo haría, traté de hacerme con ella. Ese zoquete del herrero no me lo puso fácil, pero... Bolthor la encargó mucho antes de partir; podía haber ido a recogerla, pero no lo hizo y creo... que quería que fuera para ti.

El enano dio media vuelta y arrastró sus pasos serenos hacia el laberinto de angostas callejas que conformaban la ciudad. A la contraluz del sol que ya se ponía en el horizonte, la sombra de Balmung era alargada y se asemejaba más a la de un elfo que a la de un enano.

—Adiós —murmuró ella con un hilo de voz—. Y gracias...

Era un hacha magnífica, de brillante hoja con intrincados grabados en su frío metal y el contrafilo, acabado en un dorado reluciente que parecía haber sido capaz de capturar al mismo sol. La empuñadura era de recia madera, brillante como si hubiera sido impregnada en algún tipo de exótico barniz y aquella misteriosa piedra, el solarsteinn, apenas destacaba. Pero Astryd paseó su dedo a través de la hoja y confirmó lo que ya sabía: que a duras penas cortaba. ¿Para qué querría su hermano que tuviera aquel hacha? ¿Con qué objeto la habría encargado? Podría

hablar con Munin e intentar averiguar todo lo relativo a aquel misterioso encargo, pero el herrero era un hombre huraño, de pocas palabras y mal carácter, con lo cual no esperaba obtener demasiado de él. De quien sí había recibido mucha y muy confusa información era de Balmung. ¿Podría dar crédito, acaso, a todo cuanto el enano le había contado? Lo conocía desde que era una niña y su hermano confiaba en él ciegamente hasta el punto de encomendarle su cuidado, y es que Balmung era una excepción entre los de su especie. Astryd no conocía a muchos, pues pocos eran los que cambiaban sus cálidas minas subterráneas por las gélidas nieves de Nóvgorod, pero había oído cosas sobre ellos y ninguna que los expusiera como seres amables, generosos y leales. Balmung era muy diferente. Había estado siempre ahí cuando ella o su hermano más lo habían necesitado y nunca les había mentido. Nunca. Así pues, ¿sería aquel hacha una llave hacia el Valhalla?

Una inquietud nueva había hecho nido en su estómago. ¿Y si su hermano, previendo un posible final, le había entregado aquel arma para que pudiera encontrarlo?

Desvió la mirada hacia la ventana y contempló, embelesada, los primeros copos de la noche, descendiendo silenciosamente sobre la tierra. Suspiró, apagando el candil y prendiendo en su cabeza una nueva idea a la que empezaría a dar forma por la mañana.

Capítulo 2

2. Drakkar

Balmung descargó el pesado saco de grano y resopló antes de erguirse de nuevo. Con el antebrazo se enjugó el sudor de la frente y caminó hasta el siguiente bulto. El trabajo era tedioso y pesado, pero su fuerza física resultaba toda una ventaja sobre los demás y en apenas media hora, el comerciante tendría listo todo su cargamento.

—¡Balmung!

La familiar voz de Astryd lo detuvo momentáneamente, pero enseguida retomó el trabajo.

—Quería hablar contigo... sobre el hacha.

—¿Has recordado algo que tu hermano te explicase al respecto?

—No. Oye, dijiste que el hacha es una llave. ¿Pero dónde estaría la cerradura?

El enano dejó caer el siguiente saco en el mismo montón que los anteriores y se sacudió las palmas de las manos, alzando una polvareda que Astryd trató de espantar haciendo aspavientos.

—En la guerra, ¿dónde si no? A las hachas de filo romo con solarsteinn engarzadas, en mi tierra se las conoce como hachas valquirias. ¿Y no cuentan, acaso, los viejos mitos que ellas son quienes tejen la guerra?

—Eso es muy ambiguo...

—Supongo que ha de utilizarse en la guerra, nada más.

—Pero dijiste que creías que mi hermano la mandó hacer para mí. Y yo nunca estaré en una guerra; no sé luchar, solo tengo dieciséis años y... mi pierna...

—Tal vez Bolthor solo quería que tuvieras un recuerdo suyo, Astryd.

—Tengo mil recuerdos suyos en casa, Balmung. Tiene que ser otra cosa, tiene que ser algo más.

Volteó la cabeza y observó a los marinos reparando algunas fisuras en el drakkar. El mástil se alzaba poco a poco, preparándose para engalanarse

con el velamen, y el mascarón de proa aguardaba en el muelle, regio e imponente; tan real que por momentos Astryd pensaba que aquel dragón iba a echar a volar hasta posarse en la proa del barco. Junto a aquel drakkar, había tres más. Las continuas guerras e incursiones, llevaban y traían barcos con asiduidad y aquellos parecían a punto de partir, con toda seguridad para unirse a la flota que había zarpado hacía escasamente tres jornadas hacia los mares del norte.

—Deshecha de inmediato esa idea —escupió el enano, malhumorado.

—¿Por qué?

—Porque no existe forma alguna de que puedas colarte en un drakkar; eres una niña, demasiado delgada y... —se interrumpió.

—¡Y dilo! ¡Coja!

Balmung resopló y puso los ojos en blanco.

—Lo que quiero decir es que no cumples con los férreos requisitos que esos hombres solicitan para tenerte en un drakkar. No eres una mole de piedra ni tienes los brazos como dos troncos ni...

—No soy una mole de piedra ni tengo los brazos como dos troncos, pero sé leer los vientos, las corrientes, la temperatura del agua, el movimiento del sol en el cielo, el comportamiento de las aves migratorias y... Bolthor siempre dijo que sería una gran navegante.

—Y no lo dudo, pero... —Suspiró, horrorizado—. No cambiarás de opinión, ¿no?

Ocupaba una de las bancas de la parte central del drakkar con el fin de pasar lo más inadvertida posible durante la singladura. Se había ataviado con tantas prendas como le había resultado posible para simular una corpulencia de la que, claramente, carecía y se había dado prisa para no tener que pasearse frente a los demás y que pudieran descubrir su cojera. Había recogido su rubia cabellera en un moño alto que quedaba a buen resguardo bajo un casco demasiado grande.

—No puedo creer que estemos haciendo esto —farfulló Balmung, sentado

a su lado.

—Y yo no puedo creer que estés aquí. No lo necesito.

—¿Estás segura?

El enano tiró con fuerza del remo, tratando de mantener el ritmo de los demás. No le faltaba fuerza para ello, pero la intervención de Astryd apenas se notaba y el cansancio, tarde o temprano, haría mella en él. Solo podía esperar que fuese más bien tarde.

—Hago lo que puedo... —murmuró ella con los dientes apretados.

—Pues no es suficiente, pero no te preocupes. De todos modos, Bolthor no me perdonaría que te dejase hacer esto sola. Es una completa locura.

—¡VAMOS, REMAD! —gritó el vozarrón del patrón, que paseaba a través del estrecho pasillo que quedaba en la parte central del barco.

Astryd tiró de nuevo, acompañando el movimiento del enano y entonces sus ojos se encontraron con los iris azules de un joven que remaba algo más adelantado. Al igual que ella, llevaba el casco puesto y lo único que lograba distinguir eran unos rubios mechones sobresaliendo por la parte inferior del mismo; mechones que se le adherían al cuello, como consecuencia del agua que salpicaba el interior del drakkar y, por supuesto, del sudor. No era la primera vez que sus miradas coincidían y Astryd reprimió el temor a ser descubierta. No quería pensar que pudiera ocurrirle nada malo si así sucedía, pues al fin y al cabo, aquella era su gente, pero no era ajena al hecho de que muchos marinos limitasen su filosofía a que todo aquello que no ayudaba, sencillamente estorbaba.

—Dime que no lo conoces —masculló Balmung entre dientes.

—No lo conozco —respondió ella, con esfuerzo.

—Pues no sé si eso sea mejor o peor, pero no deja de mirarte.

—No le prestes atención; sigue remando y mira hacia adelante. ¿A cuánto queda esa isla?

—Tres jornadas de viaje si el clima acompaña.

Astryd dio gracias a que el yelmo ocultase la expresión que debía de habersele trazado en el rostro. No sabía si aguantaría aquel tiempo; y no sabía, tampoco, si Balmung lo haría.

Durante la segunda jornada, el viento sopló con fuerza, hinchando el velamen del drakkar y concediéndoles un respiro a los remeros. Balmung le dio un codazo a Astryd, despertándola de su enésima cabezada.

—Van a acabar echándote por la regala.

—Por Odín, lo siento. Estoy agotada.

—Te advertí que sería duro, pero al menos hoy el maldito viento ayuda un poco.

Miró sus propias manos y sangraban; había durezas nuevas en ellas y la marca de los remos, dibujándole surcos profundos en unas palmas ya de por sí castigadas.

—¿Hay algún problema que te impida remar?

El sol no le había ofrecido gran calidez aquella mañana, pero la sombra que lo hizo desaparecer congeló todo a su alrededor, y dentro de ella. El patrón era un hombre alto y corpulento, de largas greñas doradas recogidas en gruesas trenzas, que la observaba como debía hacerlo el peor de los demonios ante una presa indefensa.

—No... —respondió ella, tratando de agravar su voz.

—Llevas rato sin hacerlo y el tiempo en el que colocas tus manos sobre el palo, es tu compañero quien tira y empuja. No creas que me pasa inadvertido. Quizás prefieras fregar la cubierta.

Había recogido un cubo de agua que le echó por encima a Astryd, despertando la ira de Balmung. El enano se puso en pie, pero ella le solicitó calma, colocando su mano sobre el antebrazo de su compañero de remo. Conocía de sobra el carácter incendiario de su amigo, pero lo único que deseaba era llegar hasta su destino sin llamar más la atención ni originar mayores problemas. Se arrodilló en el suelo y empezó a pasear el cepillo sobre los tablones de madera. Estaba segura de que resultaría imposible sacarles un mínimo de brillo, pero al menos no habría de seguir remando y dudaba mucho que Balmung fuese a notar su ausencia.

Tan distraída iba en sus propios pensamientos que solo la rodilla de un remero la sacó de ellos al girar su rostro y topar con ella. Lo miró y comprobó que se trataba del joven con el que había cruzado unas cuantas

miradas. Astryd carraspeó y se apartó, azorada.

—Lo siento... —murmuró.

—Tranquila.

Alzó los cabeza, abriendo los ojos como platos ante la única palabra que le había oído decir a aquel desconocido. Después miró al compañero de banca del muchacho, que continuaba efectuando aquellos mecánicos movimientos con el remo, pese al viento.

—No te preocupes —añadió el joven—. Es sordo.

—No sé... —Tosió de nuevo y trató de aclarar su voz, temblorosa por el frío y el nerviosismo—. No sé de qué...

—No diré nada, si es lo que te preocupa.

—¿Ocurre algo allí abajo? —preguntó el patrón de nuevo.

—Nada, señor —respondió el joven. Bajó la voz y se dirigió a ella de nuevo—. Por Odín, cierra el pico y sigue limpiando. No es un trabajo gratificante, pero es mejor que remar. Sobre todo, si careces de fuerza para mover un remo.

—¿Qué está pasando aquí? —insistió el patrón, plantándose allí en apenas dos zancadas.

Astryd cerró los ojos, maldiciendo para sus adentros.

—Lo siento, señor —intervino el muchacho—. Solo le pedía al pobre diablo que me limpiase las botas. Aprovechando la coyuntura...

—¿Te crees muy gracioso?

—No, señor.

—¡Tú! —exclamó el patrón, señalando con la barbilla al compañero de aquel joven—. Ve a remar con el enano.

—Es sordo, señor.

El patrón agarró al hombre del brazo y lo empujó sobre la banca en la que Balmung remaba.

—Y tú, chico gracioso, sigue solo.

El hombre regresó caminando con indolencia hacia la proa, mientras el muchacho lanzaba improperios con los dientes apretados. Astryd ya no se atrevió a decirle nada más y se alejó también, frotando los viejos tablones de la cubierta.

Poner un pie en tierra firme casi la hizo sentir mareada. Después de tres jornadas y media con el balanceo del drakkar sobre las aguas, la estabilidad le devolvió una sensación extrañamente olvidada. Los brazos le dolían horrores y eso que apenas había logrado mover los remos de sitio. Sus virtudes eran otras, que no habría logrado poner en liza durante la travesía. A nadie le habría interesado si sabía leer la naturaleza como nadie para orientarse y llegar mucho antes hasta allí.

—Bueno, ¿cuál es tu brillante plan? —preguntó Balmung mientras caminaban tras los pasos de los demás—. Te recuerdo que esto es la guerra y no creo que tu idea pase por internarte en ella, ¿no?

—La guerra la tejen las valquirias, ¿no? Dijiste que era la cerradura de nuestra llave.

Balmung abrió la boca para decir algo, pero Astryd aminoró la velocidad de su marcha, ignorándolo. El último en avanzar era aquel joven al que sentía le debía algo, por poco que fuera. El muchacho vendaba sus manos sangrantes con jirones de tela mientras caminaba.

—Siento que tuvieras que remar tú solo la última jornada y media. Fue culpa mía.

—He remado de todas las formas posibles; hacerlo solo no es la peor de ellas. ¿Puedo saber qué te ha llevado a colarte en un drakkar?

—Sí, si tú me dices por qué no me delataste. No me conoces de nada.

—Cierto, así que no sé qué razones te llevan a hacer lo que has hecho. ¿Cómo juzgar que no merecen la pena?

Astryd sonrió al tiempo que se ajustaba el casco sobre la cabeza.

—Tenía que... llegar hasta la guerra.

—¿Quieres luchar?

—No, a decir verdad. Soy pésima con un arma en las manos...

—Tienes un buen hacha —observó él, echándole un rápido vistazo al arma que la joven portaba en la mano.

—No corta —respondió, ligeramente avergonzada.

—En ese caso, tienes un problema.

—Como te digo, no busco luchar, sino... un acceso al Valhalla.

—Bueno, un hacha roma es una buena forma de llegar por la vía rápida al Valhalla, sin duda.

—No, no quiero... morir. Solo busco una forma de llegar allí para... encontrar a mi hermano.

—Existe un viejo proverbio que dice así —intervino de pronto la voz de Balmung—: «Quien siempre habla y nunca calla, dice muchas insensateces. La lengua ligera ocasiona problemas». Estás contándole demasiado.

—Pudo haberme delatado en el barco y no lo hizo —se defendió Astryd—. Le debo algo y me temo que solo puedo pagarle con confianza.

—No temas, no diré nada —intervino él.

—Confianza... —masculló el enano de mala gana—. ¿Cuál es su nombre?
—le preguntó después a Astryd.

Ella lo miró, interrogante, y después, buscó al joven.

—No te lo ha dicho. Es una gran muestra de...

—Me llamo Thorbald —lo interrumpió el muchacho. Se despojó del yelmo y mostró su rostro abiertamente por primera vez. Astryd volvió a mirarlo, en esta ocasión, con una expresión diferente. Era atractivo, de rubio cabello revuelto; ojos azules y mejillas enrojecidas, como consecuencia del frío—. Tengo dieciocho años —continuó—, nací en Nóvgorod y tengo tres hermanas. Mi padre murió en una incursión hace cinco años y mi madre se dedica al cultivo. ¿Algo más para hacerme merecedor de la confianza que ella ha depositado en mí?

—¿Lo ves? —le preguntó la joven a Balmung—. Ya sé más de él que él de

mí.

Habían avanzado en el más absoluto silencio durante un buen trecho. El ascenso a través de la húmeda loma se había hecho fatigoso y largo, pero toda sensación quedó olvidada al llegar a aquella aldea que los recibió entre gritos de terror y carreras frenéticas; el saludo del acero y el vuelo de las flechas. Los recién llegados se abalanzaron hacia las casas y sus gentes como lo haría el fiero oleaje contra los riscos de los fiordos, arrasando con todo a su paso, prendiendo fuego al tiempo que los gritos se acallaban. Astryd no había querido luchar, pero aquello no podía elegirse cuando se trataba de conservar la propia vida y en esa tesitura se encontraron todos al resultar atacados por los lugareños.

Se giró, rápidamente, y lo vio correr hacia ella, espada en mano. Astryd solo acertó a alzar el hacha de su hermano y descargarla con los ojos cerrados en el pecho de aquel hombre de extrañas pinturas en el rostro. El malogrado atacante cayó al suelo y ella se perdió en la sangre que se deslizaba sobre la hoja del hacha. No podía ver otra cosa.

Capítulo 3

3. Otros guerreros

Una enorme fortaleza se erigía entre el sinfín de construcciones de sólida roca que salpicaban aquel hermoso lugar. Astryd no había visto nunca nada igual, pero supo, sin ningún género de dudas, que lo había conseguido. Se llevó las manos al vientre, a los costados, al cuello... y trató de asegurarse de que no había allí herida alguna que justificase su llegada al Valhalla, pero no encontró sangre ni corte ni señal que hubiera podido causar una hoja enemiga.

—No puedo creerlo... —murmuró una voz.

Se giró, encontrándose con Thorbald, y Balmung, que se incorporaban, ensangrentados y, ellos sí, con heridas en el rostro y en los brazos.

—¡Por Odín! —exclamó el enano.

—¿Cómo... cómo habéis llegado vosotros hasta aquí?

—Creo que hundimos nuestras armas en el mismo infeliz que tú —explicó Balmung— y el efecto que causó tu hacha, arrastró a los propietarios de las otras dos hojas.

—Vaya... Gracias.

—Bien, ¿cómo vamos a encontrar a Bolthor aquí? —quiso saber el enano.

—Creí que tú lo sabrías.

—Bueno —intervino Thorbald—, la mejor manera de encontrar suele ser buscar, ¿no?

—Qué listo... —masculló Balmung—. Nos separaremos. Él y tú, por un lado y yo, por otro. Tratemos de reunirnos al final del día y... que los dioses nos acompañen.

—No se me ocurre mejor lugar que el Valhalla para eso —bromeó Astryd ante la inquisitiva mirada del enano—. Lo siento, estoy nerviosa.

Caminaron en silencio bajo un cielo nublado hasta topar con un grupo de mujeres que avanzaba hacia ellos totalmente en silencio. Thorbald agarró a Astryd del brazo y la apartó para ocultarse bajos unos hermosos arcos de piedra.

—¿Qué pasa? —susurró ella.

—Valkirias —respondió él, en idéntico tono—. Ellas escogen a los guerreros que las acompañarán hasta aquí. Tal vez distingan que no deberíamos estar en este sitio.

—¿Cómo sabes que son valkirias?

—Porque durante un tiempo una de ellas me rondó.

Astryd detectó un temblor en la voz del muchacho, que permanecía muy cerca de ella, mientras las valkirias desfilaban al otro lado de su particular refugio.

—Lo siento.

—No hay nada que debas sentir. Estoy aquí y estoy... vivo.

Cuando las mujeres se hubieron alejado, retomaron el camino a través de las hermosas calles de lo que se presumía como Asgard. Imponentes estatuas de alturas imposibles se alzaban hacia el cielo plomizo y desde cualquier punto de aquella mágica ciudad podía divisarse la fortaleza de Odín. Unas gigantescas cascadas descargaban en el verde y frondoso valle que acunaba la ciudad de los dioses. Respirar el aire frío y puro que envolvía aquel mundo de ensueño la tranquilizó al pensar que su hermano estaba allí. Sin embargo, Bolthor había querido algo de ella al entregarle aquel hacha, pero encontrar a su hermano en aquella enorme urbe se le antojaba tarea imposible.

Durante su estancia allí se cruzaron con multitud de guerreros vikingos con heridas imposibles en sus cuerpos; heridas que no habían cerrado y que mantenían la sangre visible, como un permanente recuerdo de lo que los había llevado hasta la morada de los dioses. Las heridas ensalzaban la gloria de sus batallas y las dignas caídas que habían protagonizado.

Se detuvieron, entonces, al verlo avanzar hacia ellos. Su regia figura contrastaba con la de cualquiera con la que se hubieran cruzado hasta el momento. Ninguno de los dos lo había visto jamás, pero ambos sabían que era él. Odín caminaba con la determinación de mil ejércitos, la implacabilidad del más hostil hielo en su mirada y un aura tan terrorífica como admirable. Su larga barba blanca caía hasta su pecho, enmarcando

un rostro severo al que contribuía la falta de su ojo derecho. A medida que avanzaba, apoyaba sobre el suelo a Gungnir, su lanza, aquella que según los viejos mitos había blandido en la batalla. El yelmo protegía su cabeza y su mirada gélida ni siquiera pareció reparar en ellos. Los rebasó, continuando su camino hasta que su figura se perdió, convirtiéndose en una sombra de la tarde. Y durante unos minutos, Thorbald y Astryd fueron dos estatuas más; no tan imponentes ni tan colosales, pero igual de frías e inmóviles.

—No puedo creerlo... —logró balbucear ella—. ¿Thorbald?

—Sí, estoy... estoy bien. ¡Por Odín! —exclamó, emocionado—. ¿Crees que veremos a Thor?

—No lo sé. Por lo pronto a quien yo quiero ver es a mi hermano.

—Cielos, lo siento. Tienes razón. Sigamos buscando.

Retomaron la marcha hasta que unas risotadas captaron su atención. Provenían de la enorme fortaleza de Valaskjálf, o esa debía ser en opinión de Astryd, pues su techo parecía fabricado en plata, tal y como siempre había oído. Para su sorpresa, encontraron los altos portones abiertos y accedieron, sin obstáculo alguno hasta una amplia sala en la que multitud de mesas se extendían como franjas de un estandarte, atiborradas todas ellas de guerreros y guerreras que disfrutaban de un fastuoso festín. Cantaban y brindaban, reían y comían con la despreocupación propia del deber cumplido.

—Empiezo a pensar que no estaría tan mal dejarse atravesar por una espada enemiga —señaló Thorbald, boquiabierto.

—Si te dejases atravesar, puede que Odín o sus valkirias determinasen, entonces, que no es este el lugar que mereces.

—Sí, prefiero no arriesgarme.

Astryd lo miró y correspondió a su sonrisa, ruborizándose y dando gracias al calor que allí contrastaba con el frío del exterior. Sus mejillas pasarían fácilmente inadvertidas.

—Astryd...

Se quedó clavada en el sitio, con los ojos fijos en Thorbald y temerosa de girarse, pese a reconocer aquella cálida voz. El muchacho atenuó su sonrisa y le hizo un gesto con la barbilla para que ella se voltease. Y al hacerlo, encontrarse con la figura de su hermano multiplicó en su estómago la emoción que había sentido al topar con Odín. Lo abrazó con fuerza, dando rienda suelta al llanto contenido que la necesidad había

encerrado en ella. Había de ser fuerte, había de seguir adelante y las lágrimas no debían empañar su camino. Percibió las manos de Bolthor acariciándole el pelo y sus fríos labios, besándole la frente.

—Por Odín, hermana, ¿qué haces aquí?

—Te buscaba. El hacha... Balmung dijo que... encargaste...

—El hacha... La encargué para ti, pero no... Astryd... -Suspiró-. Tienes solo dieciséis años y toda la vida por delante. Tienes mucho que aprender y llevar a cabo. Embarcarás en drakkars y los guiarás con tus conocimientos a buen puerto durante las largas travesías. Te enamorarás.

—Bolthor alzó la cabeza por encima del hombro de su hermana y ella se volvió, potenciando el rubor que ya la cubría al mirar a Thorbald, que se rascó la cabeza y alzó la mano, saludando al hermano de Astryd.

—Es un honor conocer a un guerrero que ha caído en batalla, digno de sentarse con Odín en su mesa.

—Gracias —respondió Bolthor, sonriendo—. También lo es saludar a uno joven, pero con la suficiente inteligencia como para mantenerse con vida y no compartir aún mesa con Odín.

Suspiró, entonces y volvió a centrar su atención en Astryd.

—Bolthor...

—Cuando la valkiria me dijo que era mi hora, mandé a crear el hacha con una piedra preciosa que me regaló; un obsequio de parte de Odín, como agradecimiento por mi lucha. Quería que el día que rubricases tu final en el mundo mortal, pudieras acompañarme aquí, pero aquí solo llegan una clase de guerreros y no todos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Que no es guerrero solo quien empuña una espada, Astryd o quien blande un hacha, una lanza o un arco y que, probablemente, las batallas más difíciles se afrontan con las manos vacías, aunque nuestros dioses no lo entiendan así. Por eso te entrego esta llave, porque una muerte serena también puede valer un sitio en el Valhalla y no en Hellheim —concluyó, aludiendo al lugar al que iban a parar las almas de aquellos que morían como consecuencia de alguna enfermedad o el paso del tiempo, un paraje oscuro y siniestro, gobernado por Hela, diosa de la muerte—. Pero no aún, Astryd. Tienes que volver. Tenéis que volver —se corrigió.

La joven miró el hacha que aún sostenía en sus manos.

—No seré capaz de volver a descargarla sobre un hombre.

—No necesitas descargarla sobre nadie, Astryd. Solo llevarla contigo... en tu postrero día. Así las valquirias te buscarán, te traerán hasta aquí.

—¿Hablas de engañarlas? Maté a un hombre, Bolthor —exclamó ella, con la voz temblorosa. Balmung dijo que...

—Balmung se equivocó. No era necesario...

Se irguieron como resortes cuando una alargada sombra se proyectó a la contraluz de las antorchas. Entonces, la recia figura de Balmung asomó por la puerta, cargando con un enorme martillo sobre su hombro. Sonrió con serenidad al encontrarse con Bolthor, que alzó una ceja, tan sorprendido como Astryd y Thorbald. El enano hizo una reverencia para saludarlo, mientras los otros tres respiraban, aliviados.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven.

—Oh, se lo he tomado prestado a su propietario. ¿Nos vamos antes de que se entere?

—Esto no puede acabar bien —murmuró Bolthor.

—Sí, mejor vayámonos... —zanjó Thorbald.

—Hermano...

—Cuídate —le pidió él—. Cuídala, Balmung; si acaso vivieras para contarlo.

—Soy un enano —sonrió él—. Lo haré.

El amasijo de nubes grises seguía revolviéndose furioso en el cielo mientras el frío viento arreciaba, sacudiendo el oleaje que arañaba los riscos. Ni siquiera se inmutó cuando la hoja de la puerta se estampó contra la pared y Balmung hizo su entrada.

—¡Por Odín! —exclamó el enano—, lo siento. No pretendía ser tan brusco. Este endemoniado viento...

Astryd se volvió, despacio, y se mantuvo apoyada sobre el alféizar de la ventana. Las gélidas corrientes sacudían los mechones de su pelo suelto.

—Mi hermano me dijo que no era necesario empuñar el hacha. El mero hecho de poseerla, me hubiera permitido entrar en el Valhalla el día... el último día de mi vida.

Balmung la miró, sorprendido ante el hecho de que la joven sacase a la luz aquella conversación, pues desde su regreso del mundo de los dioses, no habían vuelto a hablar del tema. Relajó el gesto y cerró la puerta.

—Sé que no hacía falta que la blandieras —respondió con calma—. Ni que matases a nadie.

Astryd se irguió, sorprendida.

—¿Y entonces...?

Balmung tomó aire, como si abordar aquella conversación le supusiera un arduo esfuerzo.

—¿De veras creer que los dioses permitirían sin más que un guerrero que ha luchado con el suficiente arrojo como para obtener un obsequio divino lo done sin consecuencias? Vamos, muchacha, piensa un poco.

—¿Qué quieres decir?

Astryd se adelantó un par de pasos mientras el enano colocaba el martillo de Thor sobre la mesa, que se hundió bajo su peso.

—Lo siento... —carraspeó—. Lo que quiero decir es que al entregarte el Solarsteinn, tu hermano renunciaba su plaza en el Valhalla. Lo hubieran desterrado.

—Eso no...

—Pero si tú te inmiscuías en una guerra y saciabas la sed de los dioses con la sangre enemiga, te convertirías, por derecho, en una de aquellas que Odín sienta a su mesa. Ya lo eres. Algún día obtendrás un Solarsteinn como el de Balmung y a él le devolverán su hacha creyendo... que se la robaron.

—¿Y quién pretendes que se la devuelva?

—Supongo que enviarán a algún emisario de Asgard para...

Un trueno bramó en el cielo y la tierra tembló. Astryd miró a Balmung y Balmung resopló. La chiquilla nunca lo había visto tan nervioso. Y

entonces la hoja de la puerta volvió a estamparse hasta quedar arrancada de sus goznes.

No lo habían visto nunca, pero sabían que era él. Thor dio dos pasos al frente y un nuevo relámpago hizo resplandecer su armadura negra. Era alto, muy alto. Y era recio, muy recio. La capa roja que colgaba a su espalda apenas se movió, pero a Asrtyd se le antojó un presagio de sangre. Tenía un cabello dorado como el oro y parecía que cada parte de su cuerpo estuviera esculpida en el más sólido y brillante mármol.

Avanzó un par de zancadas más y apartó la estructura de la mesa hecha trizas que había sobre su martillo. Lo recogió y lo examinó, como si temiera que un trato incorrecto hubiera podido ocasionarle alguna muesca. Pero no había material sobre el mundo mortal capaz de causarle a aquella arma fabulosa la más mínima imperfección.

Thor les dedicó una mirada severa y aquella fue la primera vez que vio a Balmung sentir miedo. Pero el dios no abrió la boca y dio media vuelta en dirección a la salida.

—Aguardad. —La voz del enano fue una patética imitación de algún tipo de balido.

Cuando Thor se volvió, Balmung no fue capaz de moverse de su sitio salvo para desplomarse en el suelo cuan largo era, que no era mucho.

Haciendo acopio de un valor que no creía poseer, Astryd recuperó el hacha que colgaba de la pared de madera y se la entregó al hijo de Odín, casi como una ofrenda.

—Es... era de mi hermano. La robamos junto con.... Lo lamento. Lo siento mucho.

Thor sostuvo también el hacha y la escrutó con el ceño fruncido.

—¿Para qué querías esto?

—Quería... poder entrar en el Valhalla.

—Entonces sé una guerrera.

Astryd se dedicó a mirarlo mientras abandonaba la casa.

—Ya lo soy —murmuró—. Siempre lo he sido. Y lo sería aunque no tuviera las manos manchadas de sangre...

Un último relámpago le arrancó un bramido al cielo y cuando Astryd se asomó a la ventana, pasando la pierna sobre el cuerpo de Balmung,

contempló una lluvia pesada sobre la aldea. El viento había cesado. El dios había templado su ira.